

Homilía de Mons. Vincent Dollmann – Froyennes, 24 de junio de 2026

«Hermanos y hermanas, qué alegría encontrarnos y reunirnos en este día de la gran solemnidad del nacimiento de San Juan Bautista, nombre que llevaba el fundador de la congregación de la Santa Unión. Esta figura sigue siendo hoy, para la Iglesia, de gran actualidad. Desde los primeros tiempos, la Iglesia no solo hacía memoria del martirio de Juan Bautista a finales de agosto, sino también de su nacimiento. Aparte de Cristo, solo hay dos personas cuyo nacimiento terrenal también celebramos: la Virgen María y Juan Bautista. Juan Bautista nos muestra, a través de su palabra, pero sobre todo a través de lo que es, **la belleza de pertenecer a Dios, la belleza de la consagración a Dios y la invitación a renovar siempre este sí a Dios.**

Hemos escuchado en el profeta Isaías cómo Dios dice: *"Te envío como siervo"*. Pero esta palabra es aún demasiado limitada. Será todavía más hermosa la promesa que llevas al alba de los nuevos tiempos. Este nombre aparece primero en labios de la Virgen María: *"Soy la sierva del Señor"*. María comprendió que lo más importante no es en primer lugar la palabra "sierva", sino "del Señor". Ella comprendió, a través del largo caminar del pueblo de Dios para descubrir su voluntad, que se trata ante todo de esta relación nueva con cada uno de nosotros, una relación personal. Una relación que nos da acceso a su conocimiento y, sobre todo, a una relación personal con Él. Y esto es lo que lleva Juan Bautista, él que se alegra y salta en el vientre de su madre ante la llegada del Señor llevado por María en la Visitación.

Para nosotros, esta es una buena noticia. A veces nos encontramos en una Iglesia, pero también en una sociedad, que busca caminos distintos a los de la promesa y la esperanza, y que piensa que finalmente todo debe resolverse mediante decisiones puramente horizontales, inmediatas, ligadas a la eficacia y a la técnica. Hoy en Francia nos encontramos en un período donde, por última vez, los representantes del pueblo, los diputados, deben debatir sobre el tema de la eutanasia. Es un camino equivocado para la sociedad, porque encerraría la vida humana en un espacio puramente terrenal y reduciría a la persona a un simple tramo de existencia donde algunos decidirían si todavía vale la pena vivirla o no.

Sin embargo, estamos muy lejos de esta fiesta que nos invita a alegrarnos por la mirada que Jesús tiene sobre cada uno de nosotros a través de Juan Bautista, quien preparó su camino. Que esta fiesta nos lleve ante todo a dar gracias por este don, por el don de la presencia de Dios en nuestras vidas. Esto se realiza de manera concreta a través del bautismo. Y cuando renovamos los compromisos de nuestros votos religiosos, lo hacemos en primer lugar dentro de la gracia de ese bautismo. **La vida consagrada nos recuerda a cada uno de nosotros la belleza de pertenecer a Dios, de estar en las manos de Dios y de saber que nadie podrá quitarnos la vida que Él nos da.** La vida que Dios nos da debemos acogerla y hacerla dar fruto.

Para entrar más profundamente en la alegría de este don recibido de Dios, en una vida de comunión personal con Él, quizás debemos, como Juan Bautista, aceptar en nuestro caminar terrenal una cierta conversión, e incluso una doble conversión. Porque Juan Bautista, como

todos nosotros, seguía siendo un hombre. Incluso cuando sentía que Dios estaba a su lado y acogía su proyecto, tenía la tentación de pensar que lo que íbamos a realizar al servicio del Evangelio —en los diferentes carismas de nuestras congregaciones y en nuestros distintos caminos de vida— dependía de nosotros. El mundo de hoy, más técnico y enfocado en la eficacia, a veces nos hace pensar que bastan cambios puramente estructurales para que Dios manifieste aún mejor su presencia. Sin embargo, se trata de toda una conversión que estamos llamados a vivir.

Juan Bautista también, sin duda en su juventud y en la forma en que predicaba al principio, pensaba que todo residía en la Palabra que proclamaba, ya que la gente iba a admirarlo y escucharlo al desierto porque su voz era fuerte y su mensaje llegaba al corazón. Pero poco a poco tuvo que aprender que esto no dependía de su propia fuerza ni de sus propios cálculos, sino de la gracia recibida al comienzo. La verdadera conversión, para que Dios pueda actuar en nuestras vidas y llevar vida a la humanidad, consiste en convertirnos en instrumentos, en verdaderos precursores donde Dios guía el camino de nuestra vida.

Esto lo descubrimos al final de su vida, cuando desde la prisión, Juan Bautista se pregunta: *"¿Es Jesús realmente el Mesías, si yo anuncié a alguien que venía a cambiar el mundo?"* Jesús lo manifiesta a través de la misericordia divina, respetando a cada persona, acercándose a los más pobres, dedicando tiempo y realizando obras de misericordia. Y Juan Bautista recibe la respuesta de Jesús cuando envía delegaciones; Jesús le responde citando al profeta Isaías: *"Los cojos caminan, los ciegos ven y se anuncia el año de gracia"*. Juan Bautista puede así recorrer su camino hasta el final y ser verdaderamente precursor en el momento de su muerte, anunciando la muerte de Jesús para la salvación de la humanidad, no mediante un acto espectacular, sino a través del rechazo de la Cruz.

Jesús trajo la vida al mundo, y de esto seguimos siendo testigos hoy y debemos seguir siéndolo. Que a través de Juan Bautista —quien al inicio de su vida nos deja esta acción de gracias tan espontánea ante la vida divina que se acerca a él en el vientre de su madre— podamos dar este paso. Que con Juan Bautista, quien supo reconocer entre los suyos al Mesías, a Jesús, su primo, podamos también nosotros reconocer esta vida que viene y dar testimonio de ella mediante nuestra acción de gracias.

Pidamos al Señor que inspire todos nuestros proyectos y todas las perspectivas que tenemos para la congregación en el mundo, inspirándonos ante todo mediante esta acción de gracias por lo que Él ya realiza en nuestras propias vidas. **Fieles al carisma de Debrabant, vayamos hacia quienes más necesitan esta luz y esta esperanza de vida. Que pueda ser acogida también, siempre a través de nosotras, entre los más pobres y humildes, porque ellos aún conservan la capacidad de asombrarse.** Aprendamos de ellos, nosotros que representamos a tantas instituciones en el mundo, tantas realizaciones, e incluso cada uno de nosotros, de lo que el Señor realiza a través de los demás. Presentémonos hoy junto a quienes nos han sido dados, a quienes servimos, acompañamos y buscamos educar. Hagámoslos presentes hoy a través de nuestra oración de acción de gracias. **Sí, que la vida consagrada de las hermanas de la Santa Unión pueda continuar en este testimonio:** Dios

es quien trae la luz de la vida, y solo Dios puede unir los corazones humanos a su propio corazón de Padre y hacerlo latir al unísono en un eterno "*te amo*", en un amor eterno que comienza ya en esta tierra. Amén.»